

nisterio, la vida sería muy difícil, que tendrían que separarse otra vez... «¡Y he sufrido tanto al salir de nuestra pobre casa!...»

Había bancos bajo las acacias que bordean el camino, cuyos hilos telegráficos estaban llenos de golondrinas; para hablar mejor, sentáronse, muy conmovidos los dos y con los brazos enlazados.

—Trescientos francos al mes—decía Juan, —pero ¿cómo hacen los Hetteima, que no cuentan más que con doscientos cincuenta?...

—Viven en el campo, en Chaville, todo el año.

—Pues bien, hagamos lo que hacen ellos; no tengo interés en vivir en París.

—¿De veras?... ¿quieres?... ¡ah! dueño mío... dueño mío...»

Pasaba gente por el camino; un galope de burros que llevaba el séquito de una boda. No podían abrazarse, y quedaron inmóviles, estrechándose uno contra otro, soñando con una felicidad que retozaba en las noches de verano en que gozarían de una dulzura campestre, esa tibia calma, que amenizan á lo lejos los tiros de escopeta y las tocatas de organillo de una fiesta en las afueras.

VII!

Instaláronse en Chaville, entre la parte alta y baja del país, en ese camino viejo forestal, que se llama el Empedrador de los guardas, en un antiguo punto de cita de cazadores á la entrada del Bosque: tres habitaciones no mayores que las de París, y su mismo mobiliario: el sillón de rejilla, el armario pintado, y para adornar el horrible papel verde de su cuarto, nada más que el retrato de Fanny, porque á la fotografía de Castelet se le había roto el marco en la mudanza y amarilleaba en las guardillas.

Ya no se hablaba de ese pobre Castelet desde que el tío y la sobrina habían interrumpido su correspondencia. «¡Valiente bribón!...» decía ella recordando la facilidad con que el Fénat protegió la primera ruptura. Sólo las niñas escribían á su hermano, pero Divonne, no. Acaso

guardaba rencor á su sobrino, ó adivinaba que la mala mujer había vuelto para romper el sobre, y comentar sus pobres cartas maternas, llenas de gruesas letras campesinas.

Había instantes en que se figuraban estar en la calle de Amsterdam, cuando se despertaban con la romanza de los Hetteema, que eran de nuevo sus vecinos, y el silbido de los trenes que se cruzaban continuamente al otro lado del camino, visibles á través del ramaje del gran parque. Pero en lugar de las cristaleras descoloridas de la estación del Oeste, de las ventanas sin cortinas que dejaban ver las inclinadas siluetas de los empleados, y del estruendo rugiente de la empinada calle, saboreaban el espacio silencioso y verde, por cima de su huertecillo rodeado por otros jardines y casitas entre bosquecillos de árboles, que se alejaban hasta lo último del país.

Por la mañana, antes de marcharse, Juan almorzaba en el comedorcito; abierta la ventana, que tenía vistas á un ancho camino empedrado, lleno de hierba, bordeado con malezas de escaramujo de acre perfume. Por allí iba á la estación en diez minutos, costeano el bosque ru-

moroso y lleno de gorgeos; y cuando volvía, aquel rumor se acallaba á medida que la sombra salía del tallar por el césped del camino verde enrojecido con la puesta del sol, mientras que los llamamientos de los cucos interrumpían los trinos de los ruiseñores en las hiedras.

Pero terminada la instalación y pasada la primer sorpresa de este reposo de las cosas que le rodeaban, volvió el amante á sus tormentos de celos estériles y exploradores. La ruptura de su querida con Rosa, su salida del hotel, produjeron entre las dos mujeres una explicación de doble alcance, monstruosa, que reavivó sus sospechas y sus inquietudes más agitadoras: y cuando se iba, cuando desde el vagón veía su casita baja coronada con una guardilla redonda, su mirada registraba las paredes, decía para sí: «¿quién sabe?» Y aquello le perseguía hasta cuando registraba los expedientes de su escritorio.

A la vuelta, hacía la dar cuenta del empleo de su día, de sus menores actos, de sus preocupaciones, á menudo indiferentes, que sorprendía con un «¿en qué piensas?... Dilo en seguida,» temiendo siempre que se acordase de algo ó de

alguno de aquel horrible pasado; confesado siempre por ella con la misma franqueza, incapaz de desconcertar.

Al menos, cuando no se veían más que los domingos, ávidos uno de otro, no perdía el tiempo en estas pesquisas morales, insultantes y minuciosas. Pero reunidos, con la continuidad de la vida en común, torturábanse hasta en sus caricias, en sus más íntimos abrazos, agitados por una sorda cólera ante el doloroso sentimiento de lo irreparable: extenuábase él en querer procurar á esta hastiada de amor una conmoción que ignorase todavía, y ella, pronta al martirio para procurarle un placer que no hubiera dado á otros diez hombres, no consiguiéndolo y llorando de impotente rabia.

Tuvieron luego un descanso, una tregua: acaso la saciedad de los sentidos en la tibia envoltura de la naturaleza ó más bien la vecindad de los Hetteima fueron la causa de ello. Y es que de todas las familias que acampaban en los alrededores de París, tal vez ninguna saboreó como aquélla las libertades campestres, la alegría de salir vestidos de cualquier modo, cubierta la cabeza con sombreros de corcho, la señora sin

corsé y el señor con alpargatas, y llevar, al levantarse la mesa, migas de pan á los patos, pedaduras á los conejos, y, por último, escardar, rastrillar, injertar, regar.

¡Oh, el riego!...

Los Hetteima dedicábanse á él en cuanto volvía el marido, cambiando su traje de la oficina por una blusa de Robinsón: después de comer lo reanudaban, y hasta bien entrada la noche, en lo oscuro del jardincito, del que subía una evaporación fresca de tierra mojada, oíanse el chirrido de la bomba, los choques de las regaderas, y enormes respiraciones vagaban por todos los arriates, con un chorrear que parecía caer de la frente de los que trabajaban por la roseta de la regadera, y luego, de vez en cuando, se escuchaba un grito de triunfo:

—He echado treinta y dos en los guisantes...

—Y yo catorce en las balsaminas...

Eran gentes que no se contentaban con ser felices, sino que contemplaban cómo lo eran, y saboreaban su felicidad hasta el extremo de despertarle á uno el apetito: sobre todo, él, por la irresistible manera que tenía de contar las alegrías de una invernada entre dos.

—¡Ahora no es nada, pero ya verá usted en Diciembre!... Vuelve uno enlodado, mojado, con todos los aburrimientos de París en el alma: se encuentra buen fuego, buena luz; la sopa que trasciende, y bajo la mesa un par de almadrerías llenas de paja. No, á fe mía, cuando se ha tragado uno un platazo de coles y salchichas, un cuarterón de queso de Gruyère, conservado fresco envuelto en una servilleta, cuando encima de esto se echa un litro de bebida que no ha pasado por Bercy, libre de bautizo y de impuestos, lo bueno es arrimar la butaca junto al fuego, encender una pipa, beberse su café con unas gotitas de aguardiente y echar una siesta uno junto á otro, mientras que el hielo se deshace en los cristales... ¡Oh, una siestecita, sólo el tiempo necesario para que pase lo fuerte de la digestión!... Luego se dibuja un rato, la mujer quita la mesa, va y viene en sus quehaceres, echa la manta, mete el calentador, y cuando está ya acostada y el sitio caliente, cae uno allí y le hace el mismo efecto que si entrara de cuerpo entero en la paja de las almadrerías...

Aquel velludo gigante, de pesada mandíbula, era casi elocuente en materialismo, siendo, por lo

común, tan tímido, que no podía pronunciar dos palabras sin avergonzarse y tartamudear.

Esta timidez loca, de tan cómico contraste con aquella barba negra y aquella envergadura de coloso, fué la causa de su matrimonio y de la tranquilidad de su vida. A los veinticinco años, rebosando vigor y salud, Hetteima nada sabía del amor ni de la mujer, cuando un día en Nevers, después de un banquete de corporación, lleváronle medio borracho sus compañeros á una casa de mujeres públicas, y le obligaron á que eligiera. Salió de allí trastornado, volvió, eligió la misma siempre, pagó sus deudas, se la llevó, y asustándole la idea de que podrían quitársela, que tendría que volver á empezar una nueva conquista, acabó por casarse con ella.

—Un casamiento legítimo, querido...— decía Fanny con risa triunfante á Juan, que la escuchaba aterrado...—Y de todos los que he conocido, es el más decente y el más honrado.

Asegurábalo en la sinceridad de su ignorancia, pues los matrimonios legítimos que ella pudo ver no merecían ciertamente otra apreciación: todas sus nociones de la vida eran tan falsas y sinceras como ésta.

La vecindad de los Hetteema era tranquila, de carácter siempre igual, capaces de hacer favores que no les molestasen mucho, odiando, sobre todo, las disputas, las riñas en que hay que dar la razón á una de las dos partes, y, en general, todo lo que puede turbar una buena digestión. La mujer procuraba iniciar á Fanny en el conocimiento de la cría de gallinas y conejos, y en las sanas alegrías del riego; pero todo fué inútil.

La querida de Gaussín, callejera y corretona de estudios de pintor, no gustaba del campo más que á ratos, en giras, como sitio donde se puede gritar, revolcarse por el suelo y perderse con un amante. Detestaba el esfuerzo, el trabajo, y sus seis meses de gerencia agotaron por mucho tiempo sus facultades activas, languidecía en una pesadez vaga, una embriaguez de bienestar y de aire libre que casi la quitaba las fuerzas para vestirse, peinarse y hasta para abrir el piano.

El cuidado de la casa habíalo entregado por completo á una criada del país, y así cuando al llegar la noche resumía sus quehaceres del día para contárselos á Juan, no resultaba de ello

nada más que una visita á Olimpia, chismes de tapia á tapia y montones de cigarrillos cuyas colillas manchaban el mármol delante de la chimenea. ¡Eran ya las seis!... Apenas la quedaba el tiempo preciso para echarse un vestido y ponerse una flor en el corpiño para correr al encuentro de su amante en el camino verde...

Pero con las nieblas, las lluvias de otoño y el temprano anochecer, tuvo más de un pretexto para no salir: y con frecuencia la sorprendía á la vuelta vestida con una de esas blusas de lana blanca con grandes pliegues que acostumbraba á ponerse por la mañana, nada más que recogido el cabello como cuando se marchó. Hallábala así encantadora, con su nuca juvenil aún, su carne tentadora y cuidada, que estaba siempre entregándose sin trabas. Sin embargo, extrañábase este envilecimiento, y le asustaba como un peligro.

Él mismo, después de gran esfuerzo de trabajo para aumentar con algo sus recursos sin acudir á Castelet, pasando veladas trabajando en planos y reproducciones de piezas de artillería, furgones y fusiles del nuevo modelo, que dibujaba por cuenta de Hetteema, sintióse domi.

nar de pronto por aquella influencia disolvente del campo y de la soledad, á la que se dejan arrastrar los más fuertes, los más activos, y cuyo germen perezoso dejó en él su primera infancia, pasada en un rincón perdido de la naturaleza.

Y ayudando á esto el materialismo de sus obesos vecinos, comunicándoseles en las constantes idas y venidas de una á otra casa, con algo de rebajamiento moral y de su apetito monstruoso, Gaussín y su querida llegaron también á discutir gravemente la cuestión de las comidas y la hora de acostarse. Habiendo enviado Cesáreo una pipa de su aguapié, emplearon un domingo entero en embotellarlo, abierta la puerta de su bodeguilla al último sol del año, un cielo azul por el que corrían nubes sonrosadas de un color rosa de brezo. No estaba lejano el día de los zuecos llenos de paja caliente, ni de la siestecita de los dos á uno y otro lado del fuego de sarmientos. Afortunadamente, se les proporcionó una distracción.

La encontró una tarde muy conmovida, Olimpia acababa de contarla la historia de un pobre niño, criado en Morvan por una abuela. El padre y la madre estaban en París vendiendo leña;

no escribían ni pagaban hacía meses; muerta la abuela de repente, unos marineros habíanse traído al niño por el canal del Yonne para entregárselo á sus padres; pero no los encontraron. Cerrado su corral de leña, supieron que la madre se había marchado con un amante, que el padre se emborrachaba, se había arruinado, y que desapareció por último... ¡Qué bien andan los matrimonios legítimos!... Y hétenos aquí con el pobre niño de seis años, un amorcillo, sin pan, ni ropa, y en la calle.

Conmovióse hasta llorar, y luego de improviso:

—Si lo recogiésemos nosotros... ¿quiéres?

—¡Qué locura!

—¿Por qué?...

Y acercándosele, mimándole:

—Sabes cuánto he deseado tener un hijo tuyo: educaremos á ése, se le instruirá. Esos niños que se recogen, al cabo de cierto tiempo, se les quiere como si fueran de uno...

Invocaba también la distracción que sería esto para ella, que estaba sola todo el día, embruteciéndose removiendo un montón de villanas ideas. Un niño es una salvaguardia. Luego, viéndole asustado por el gasto:

—¡Pero si eso no es nada!... ¡Figúrate tú, tiene seis años! Le vestimos con tus desechos. Olimpia, que entiende de esto, me aseguraba que ni siquiera lo notaríamos.

—Entonces, ¿por qué no le recoge ella?—dijo Juan con el mal humor del hombre que se siente vencido por su propia debilidad.

Trató, sin embargo, de resistir con ayuda del argumento decisivo:

—¿Y cuando yo me marche?...

Hablaba muy raras veces de aquella marcha para no entristecer á Fanny; pero pensaba en ella, y con ella se tranquilizaba contra los peligros del amancebamiento y las tristes confidencias de De-Potter.

—¡Este niño sería una complicación y una carga para tí en el porvenir!...

Los ojos de Fanny se velaron.

—Te equivocas, dueño mío; será alguien con quién podré hablar de tí, un consuelo, una responsabilidad que al par me dará fuerzas para trabajar y tener de nuevo amor á la existencia...

Reflexionó un minuto, se la figuró sola en la casa vacía.

—¿Dónde está ese niño?

—En el Bas-Meudón, en casa de un marinero que lo ha recogido por algunos días... Luego, iría al hospicio á la beneficencia.

—Vaya, ve á buscarlo, puesto que te empeñas tanto en ello.

Abalanzósele á su cuello, y con alegría de niña, toda la noche tocó el piano, cantó, feliz, exuberante, transfigurada. Al día siguiente, en el vagón, Juan habló de su decisión al obeso Hettema, que parecía enterado del asunto, pero deseoso de no mezclarse en nada. Hundiéndose en su rincón y absorto en la lectura del *Petit Journal*, tartamudeaba desde lo más hondo de su barba:

—Sí, ya lo sé... son cosas de esas señoras... yo nada tengo que ver en ello...—Y mostrando su cabeza por encima de la hoja de papel desdoblada:—Su mujer de usted me parece muy romántica—dijo.

Romántica ó no, por la tarde la encontró consternada, de rodillas, con un plato de sopa en la mano, tratando de domesticar al chicuelo de Morván, que en pie, en actitud de retroceder, con la cabeza baja, una cabeza enorme con

pelos de estopa, se negaba enérgicamente á hablar, á comer, y hasta á enseñar la cara, y repetía con voz ahogada y monotoná:

—Ver á Menina, ver á Menina.

—Menina es su abuela, me figuro... Hace ya dos horas que no he podido conseguir de él que diga otra cosa.

Juan empeñóse también en hacerle tragar la sopa, pero sin éxito. Y permanecieron allí arrodillados los dos, á su altura, el uno con el plato y el otro con la cuchara, como delante de un cordero enfermo, repitiendo sus estímulos, sus frases de ternura para decidirle.

—Pongámonos á comer; tal vez le intimidamos; comerá si no le miramos más...

Pero siguió inmóvil, aturdido, repitiendo su queja de niño salvaje... «ver á Menina», que les desgarraba el corazón, hasta que se durmió de pie, apoyado en el aparador y tan profundamente, que pudieron desnudarle, acostarle en la pesada cuna campesina, que prestó un vecino, sin que abriese los ojos ni un instante.

—¡Mira qué hermoso es!...—decía Fanny muy orgullosa de su adquisición; y obligaba á Gaussín á que admirase aquella frente testaru-

da, aquellas facciones finas y delicadas bajo su curtido campestre, aquella perfección de su cuerpecito de espaldas rellenas, brazos redondos, piernas de faunillo, largas y nerviosas, ya velludas en su parte inferior. Extasiábase contemplando aquella hermosura de niño.

—Pero tápale, va á tener frío...—dijo Juan cuya voz la hizo estremecer, como si la despertara de un sueño; y mientras que lo arropaba tiernamente, el pequeñuelo lanzaba largos suspiros sollozados, un oleaje de su desesperación á pesar del sueño.

Por la noche empezó á soñar en voz alta.

—Guerladame, Menina... (1)

—¿Qué dice?... Escucha.

Quería que le *guerladasen*; ¿pero qué significaba aquella palabra de dialecto? Juan, á la ventura, extendió el brazo y empezó á mecer la pesada cuna: y el niño poco á poco se calmó y volvió á dormirse, teniendo cogida con su gor-

(1) Es imposible traducir de otro modo que el de un galicismo, la palabra *guerlauda*, indudablemente propia de un dialecto, como el mismo Daudet declara, y que, por lo tanto, no tiene versión francesa ni castellana.
—(N. del T.)

dita mano rugosa, la mano que creía ser la de su «menina», muerta quince días antes.

Era en la casa como un gato montés, que arañaba, mordía, comía aparte de los demás, gruñendo cuando se acercaban á su escudilla; las pocas palabras que le hacían decir eran de un idioma bárbaro, de los leñadores del Morván, que á no ser porque los Hetteima eran de la misma tierra, y sirvieron de intérpretes, no hubieran llegado á entender. Sin embargo, á fuerza de buenos cuidados, de dulzura, llegaron á domesticarle un poco—*un pso*—como él decía. Consintió en quitarse los andrajos con que lo trajeron vestido, cambiándolos por ropas de abrigo y limpias, que al acercarse con ellas á él en los primeros días, hacíanle «querriar» de furor como un verdadero chacal, al que quisieran poner una piel de galga. Aprendió á comer en la mesa, y el manejo del cuchillo y el tenedor, y á contestar, cuando le preguntaban su nombre, que en su tierra «le decían José».

En cuanto á instruirle en las menores nociones elementales, no había que pensar en ello por entonces. Criado en pleno bosque, en una choza de carboneros, el ruido de una naturale-

za rumorosa y brillante seguía en su dura cabeza de silvano pequeño, como el ruido del mar en las espirales del caracol, y no había medio de que en ella entrase nada más, ni de tenerlo encerrado en casa, ni siquiera en los días más malos. Con la lluvia, con la nieve, cuando los árboles desnudos se erizaban de corales de escarcha, escapábase, batía el monte, registraba las madrigueras con hábiles crueldades de huronero, y cuando volvía estenuado de hambre, siempre traía en su blusa de fustán hecha pedazos, en el bolsillo de sus pantalones enlodados hasta la cintura, algún animal adormecido ó muerto, pájaro, topo, musgaño, ó á falta de esto, remolachas y patatas desenterradas en el campo.

Nada podía vencer aquellos instintos de cazador furtivo y merodeador, complicados con una manía campestre de esconder toda clase de objetos pequeños relucientes, botones de cobre, cuentas de azabache, papel de plomo del chocolate, que José cogía cerrando la mano y se llevaba á escondites de urraca ladrona. Todo este botín tenía para él un nombre vago y genérico, la mercancía, nombre que pronunciaba

mercansa, y ni razones ni golpes hubieranle impedido reunir su *mercansa*, á costa de todos y de todo.

Sólo los Hetteма hacían carrera de él: el dibujante tenía siempre al alcance de su mano, sobre la mesa, á cuyo rededor andaba el chucuelo salvaje, atraído por los compases, los lápices de color, un látigo perrero que le chasqueaba en las piernas. Pero ni Juan ni Fanny hubiesen usado de tales medios de amenaza, aunque el niño se mostrase con respecto á ellos, adusto, desconfiado, indomable, hasta para los más tiernos halagos, como si la *menina*, al morir, le hubiese arrebatado toda expansión afectuosa: Fanny *porque hedía bien*, conseguía al fin tenerlo un rato en su falda, mientras que para Gaussín, á pesar de su dulzura con él, era siempre la misma fiera que el día de su llegada, con la mirada recelosa y las garras extendidas.

Esta invencible y casi instintiva repulsión del niño, la curiosa malicia de sus ojillos azules, con pestañas albinas, y, sobre todo, la ciega y súbita ternura de Fanny hacia aquel extraño que de pronto entraba en su vida, turbaban al amante con una sospecha nueva. Acaso era hijo suyo,

criado en casa de una nodriza ó en la de su madrastra: y la muerte de Machaume, que aconteció por aquel entonces, parecía una coincidencia para justificar su tormento. A veces por la noche, cuando tenía aquella manita agarrada á la suya, porque el niño en la vaguedad del sueño creía siempre que se la daba á *menina*, interrogábale con toda su turbación interior é inconfesa: «¿De dónde vienes? ¿Quién eres?», esperando adivinar, comunicándosele por el calor natural de aquel ser pequeño, el misterio de su nacimiento.

Pero su inquietud cesó ante una palabra del tío Legrand, que venía á pedir que le ayudasen á pagar un nicho para su difunta, y gritaba á su hija al ver la cuna de José:

—¡Calle! ¡Un cachorro!...—Debes estar muy contenta, tú que no has podido sacar ninguno á relucir.

Gaussín fué tan dichoso, que pagó el nicho sin querer ver el dibujo de él, y retuvo al tío Legrand, convidándole á almorzar.

Empleado en los tranvías de París á Versalles, inyectado de vino y de apoplejía, pero siempre firme y de buena cara bajo su sombrero de

gualda, envuelto por su luto en una tosca presilla de gasa, que lo convertía en un verdadero sombrero de enterrador, el viejo cochero mostróse encantado por la acogida del señor de su hija, y volvió de vez en cuando á comer con ellos. Sus cabellos blancos de polichinela, sobre su rostro afeitado y entumecido, sus modales de borracho majestuoso, el respeto que tenía á su látigo, dejándolo, colocándolo en un rincón seguro, con precauciones de ama de cría, impresionaban mucho al niño: y pronto el viejo y el niño estuvieron en la mayor intimidad. Un día que acababan de comer juntos, los Hetteima vieron á sorprenderles:

—¡Ah!—están ustedes en familia...—dijo la mujer haciendo carantoñas, é hirió á Juan en el rostro aquella frase humillante como un bofetón.

¡Su familia!... ¡Aquel niño abandonado que roncaba echada la cabeza sobre el mantel, aquel forbante viejo y enervado con su pipa ladeada en la boca, la voz pegajosa, explicando por centésima vez que dos sueldos de tralla le duraban seis meses, y que no cambiaba la vara hacía veinte años... ¡Su familia! En manera alguna... Así como no era su mujer aquella Fanny Le-

grand, envejecida y cansada, apoyándose en sus codos, envuelta en la humareda de los cigarrillos... Antes de un año todo aquello desaparecería de su vida, con la vaguedad de los encuentros de viaje y los comensales de mesa redonda.

Pero otras veces esta idea de la partida, que invocaba como excusa de su debilidad en cuanto se sentía decaer y bajar; esta idea, en lugar de tranquilizarle y aliviarle, hacía sentir los múltiples lazos que le apretaban, el desgarramiento que produciría su marcha, no como el de una ruptura, sino como el de diez, y cuánto había de costarle soltar aquella manita de niño que por la noche se abandonaba en la suya. Hasta La Balúe, la oropéndola que silbaba y cantaba en su jaula demasiado pequeña, que había que cambiar, y donde bajaba la cabeza como el viejo cardenal en su prisión de hierro; sí, la misma La Balúe había cogido un rinconcito de su corazón, y sería un sufrimiento echarla de allí.

Y, sin embargo, esta separación inevitable se acercaba: y el espléndido mes de Junio, que engalanaba para fiesta á la naturaleza, sería probablemente el último que pasarían juntos. ¡Era

esto por ventura, lo que la traía tan nerviosa é irritable, ó la educación de José, emprendida con súbito ardor, para mayor fastidio del chucuelo de Morván, que se estaba horas y horas ante sus letras, sin verlas ni pronunciarlas, con la frente cerrada por un barrote, como las puer-
tas del corral de una granja? De día en día aquel carácter de mujer exaltábase con violencias y llantos en las disputas renovadas sin cesar, por más que Gaussín ponía empeño en la indulgen-
cia; pero era tan insultante, salía de su cólera tal fango removido de rencor y de odio contra la juventud de su amante, su educación, su familia, la distancia que la vida iba á hacer mayor entre sus dos destinos, sabía tan perfectamente herirle en sus fibras sensibles, que acababa por encolerizarse y contestar.

Solo que su cólera conservaba en él una reserva, una compasión de hombre bien educado; ataques que no llevaba á cabo, como demasiado fáciles y dolorosos, mientras que ella se desenfrenaba en sus furores de mujer pública, sin responsabilidad ni pudor, hacíase armas de todo, espiondo en el rostro de su víctima con alegría el la contracción del sufrimiento que ocasionaba,

y luego de repente caía en sus brazos implorando perdón.

Las caras de los Hettema, testigos de estas reyertas que casi siempre estallaban en la mesa, cuando ya sentados é instalados llegaba el momento de destapar la sopera ó de meter el cuchillo en el asado, eran dignas de copiarse. Cambiaban por encima de la mesa una mirada de susto cómico. Podrían comer, ¿ó iba á volar el guisado al jardín con la fuente, la salsa y las judías estofadas?

—¡Sobre todo, que no haya disputas!...— decían cada vez que se trataba de reunirse: y con estas palabras acogían siempre la proposición de almorzar juntos en el bosque, y que Fanny les hizo un domingo llamándoles por las tapias del jardín...—¡Oh, no! ¡Hoy no disputarían; hacía un día demasiado hermoso!... Y corrió á vestir al niño y á llenar las cestas.

Todo estaba dispuesto y ya se marchaban, cuando el cartero trajo una carta certificada, cuya firma hizo que Gaussín se quedara rezagado. Reunióseles á la entrada del bosque y dijo en voz baja á Fanny:

—Es del tío... Está encantado... Una cose-

cha magnífica vendida al pie de la cepa... Devuelve los ocho mil francos de Déchelette, con muchas frases de pláceme y gratitud para su sobrina.

—Sí, su sobrina... al uso de Gascuña... ¡valiente estafador!...—dijo Fanny, que no se hacía ilusiones con los tíos del Mediodía: y luego alegremente:

—Será preciso colocar ese dinero...

La miró estupefacto, porque la tenía por muy escrupulosa en asuntos de probidad de dinero...

—¿Colocarlo?... Si no es tuyo...

—¡Calle! Es verdad que no te he dicho...

Púsose colorada, con esa mirada que se apagaba á la menor alteración de la verdad... El bueno de Déchelette, habiendo sabido lo que hacían por José, la había escrito diciendo que ese dinero los ayudaría en la educación del chico. «Pero, mira, si te disgusta eso, le devolveremos sus ocho mil francos; está en París...»

Las voces de los Hettema, que discretamente habían tomado la delantera, resonaron bajo los árboles:

—¿A la derecha, ó la izquierda?

—¡A la derecha, á la derecha... á los estanques!...—gritó Fanny; y luego, volviéndose hacia su amante: «Vamos á ver, no vayas á empezar de nuevo á atormentarte con tonterías... somos un matrimonio viejo, ¡qué diablol!...»

Ella conocía aquella palidez temblorosa de sus labios, aquella ojeada al niño examinándole de pies á cabeza; pero esta vez no tué más que una veleidad de violencia celosa. Él había llegado ya á las cobardías de la costumbre, á las concesiones para tener paz. «¿Qué necesidad tengo de atormentarme, de profundizar las cosas?... Si este niño es suyo, nada más natural sino que lo haya recogido, ocultándome la verdad, después de todas las riñas é interrogatorios que la he hecho soportar!... Es mejor aceptar los hechos como son y pasar tranquilamente los pocos meses que nos quedan.

Y por los senderos de hondonada del bosque, andaba llevando su almuerzo de cantina en su pesada cesta cubierta con un paño blanco, resignado, cansado, con la espalda encorvada de jardinero viejo, mientras que delante de él, la madre y el niño iban juntos, José vestido de domingo, y torpe dentro de su traje de la *Belle*

Jardinière, que le impedía correr, y ella con bata clara, la cabeza y el cuello descubiertos, bajo una sombrilla japonesa, el talle grueso, el andar flojo, y en sus hermosos cabellos peinados con trenzas un gran mechón blanco, que ya no se tomaba el trabajo de ocultar.

Delante, y más abajo, veíase en la cuesta de la alameda la pareja Hetteema, cubriéndose la cabeza con gigantescos sombreros de paja semejantes á los de los jinetes Touaregs, él vestido de franela roja, cargado de vituallas, avíos de pesca, redes, balanzas de cangrejos, y la mujer para ayudar á su marido, llevaba arrogante-mente en bandolera sobre su pecho de gigante el cuerno de caza, sin el cual no había con el dibujante paseo posible por el bosque. Andando el matrimonio cantaba:

Pláceme oír los remos
que de noche azotan las olas,
pláceme el ciervo que brama...

Era inagotable el repertorio de sentimentalismos callejeros que tenía Olimpia y cuando se figuraba uno donde los había aprendido, en qué vergonzosa penumbra de cerradas persianas, y á cuántos hombres los había cantado, la sere-

nidad del marido acompañándola en un tercio de tono, adquiriría una grandeza extraordinaria. La frase del granadero de Waterloo: «Son demasiados...» debía ser la fórmula de la filosófica indiferencia de aquel hombre.

Mientras que Gaussín, soñador, miraba á la enorme pareja penetrar en una hondonada del valle, en que poco después entraba él también, un chirriar de ruedas subía por la alameda con un vuelo de locas risas y de voces infantiles; y de pronto apareció á pocos pasos un cargamento de jovencillas con cintas y cabellos flotantes en una *charrette* inglesa, de la que tiraba un borriquillo, y que una joven casi de la misma edad que las otras llevaba de la brida por aquel camino difícil.

Era fácil conocer que Juan formaba parte de la banda, cuyos extravagantes aspectos, el de la señora gruesa sobre todo, con su cuerno de caza á guisa de cinturón, habían animado al grupo juvenil con regocijo inextinguible; así es que la joven trató de imponer silencio por un momento á los niños. Pero aquel nuevo sombrero Touareg desencadenó con más fuerza su burlona locura, y al pasar por delante del hombre, que se hizo

á un lado para dejar sitio al cochecillo, una linda sonrisa algo contrariada pedíale perdón y se sorprendía cándidamente al ver en el encorvado jardinero un rostro tan dulce y tan joven.

Él saludó tímidamente, avergonzándose, sin saber á punto fijo de qué, y habiéndose el cochecillo detenido á poco en una encrucijada de senderos con bullicio de vocecitas que leían á gritos los letreros del poste indicador, medio borrados por las lluvias... *Senda de los Estanques, Roble del montero mayor, Encauces falsos, Camino de Vélizy...* volvióse Juan para ver desaparecer en la verde alameda que estrellaba el sol y tapizaba el musgo, y por la que se deslizaban las ruedas blandamente, aquel torbellino de blonda juventud, aquella carretada de ventura con colores primaverales y risas que estallaban bajo las ramas.

La trompa de Hetteima, furiosa, sacóle bruscamente de su distracción. Habíanse instalado á orilla del estanque, disponiéndose á sacar las provisiones; y desde lejos se veía, reflejándose en el agua clara, el mantel blanco sobre la cortada hierba y las blusas de franela roja destacando sobre el verde como cazadoras de picador.

—Venga usted, usted es el que trae la lan-gosta— gritaba el obeso marido; y la voz nerviosa de Fanny:

—¿Es la chiquilla de Bouchereau la que te ha detenido en el camino?

Juan se estremeció al oír este apellido Bouchereau, que llevó su pensamiento á Castelet, junto al lecho de su madre enferma.

—Sí—dijo el dibujante cogiéndole la cesta;— la mayor, la que guiaba, es la sobrina del médico... Hija de su hermano, vive con él. Viven en Vélizy, durante el verano... Es bonita.

—¡Oh! Bonita... Sobre todo, descarada...—Y Fanny, cortando el pan, espiaba á su amante, inquieta por sus distraídas miradas.

La señora Hetteima, muy grave, sacando el jamón, vituperaba mucho aquel modo de dejar correr á las muchachas á sus anchas por los bosques. «Me dirán ustedes que es costumbre inglesa, y que ésta se ha educado en Londres... Pero es igual; no me parece decente.»

—No; pero es muy cómodo para las aventuras.

—¡Oh! Fanny...

—¡Ah! Perdón; se me olvidaba... Este caballero cree en las inocentes...

—Vamos á ver si almorzamos...—dijo Hettema, que empezaba á asustarse. Pero era preciso que ella desembuchara todo lo que sabía de las señoritas. Tenía sobre esto lindas historias... Los conventos, los colegios eran muy decentes... Salían de allí gastadas, desfloradas, con asco á los hombres, ni siquiera capaces de tener hijos, «Y entonces os la dan, atajo de borrachos... ¡Una cándida!... ¡Como si hubiera cándidas! ¡Como si de la buena sociedad ó de la mala, fueran de donde fueran, todas las muchachas no supieran, desde que nacen, de lo que se trata!... Yo, en primer lugar, á los doce años no tenía nada que aprender... Y usted lo mismo, ¿no es verdad, Olimpia?»

—Naturalmente...—dijo la señora Hettema haciendo un movimiento de hombros; pero la preocupaba más que todo la suerte que correría el almuerzo al oír que Gaussín se exasperaba, declarando que había que distinguir de muchachas y que todavía se encontraba en las familias...

—¡Ah, sí, las familias!—replicaba su querida con tono despreciativo;—hablemos de ellas... Sobre todo, de la tuya.

—¡Cállate!... Te prohibo...

—¡Burgués!

—¡Tunantal!... Afortunadamente esto va á concluir... No me queda mucho tiempo de vivir contigo...

—Anda, anda, lárgate, yo seré la que se alegrará más...

Arrojábanse los insultos á la cara, ante la maliciosa curiosidad del niño, tumbado boca abajo en la hierba, cuando un espantoso toque de trompa, centuplicado por el eco del estanque y las masas escalonadas del bosque, cubrió de improviso las voces de su reyerta.

—¿Tienen ustedes bastante?... ¿Quieren ustedes que repita?—Y enrojecido, con el cuello hinchado, el obeso Hettema esperaba, con la embocadura del instrumento en los labios, y amenazándoles con el pabellón del cuerno de caza, no habiéndosele ocurrido otro medio de hacerles callar.